

# No el puente, no la isla

Henry Leighton

Ernesto es  
como ayak'zapatilla,  
que crece en un  
ambiente hostil.  
Las enseñanzas  
de los padres solo  
han fortalecido  
↑ a despertar  
político

No solo  
sobrevive en  
la infraestructura;  
florece y  
prospera. Subvierte  
el concepto de  
que el humano  
ha dominado a

la naturaleza

No el puente, no la isla  
Henry Leighton

entre las rendijas de la  
hegemonía que representan los  
muros, hay espacio para desafiar  
al orden

Por las rendijas de las tablas que cerraban los excusados asomaban sus ramas algunas yerbas endebles. Yo sabía que al otro lado, hacia la pared, había una flor amarilla que alcanzaba el sol que se filtraba por el techo. En ese rincón no podían aplastarla los alumnos. Pensé en ese lobulillo afelpado —ayak'zapatilla le llaman en quechua (zapatilla de cadáver) —porque frente a Valle, así rendido, y con mis ardientes recuerdos de todo lo ocurrido aquel día y en la víspera, no pude encontrar otro pensamiento que me cautivara. El ayak'zapatilla florece alegremente, con gran profusión, en las paredes húmedas que sostienen a los andenes sembrados, en los muros que orillan los caminos; tiembla con el aire; y los wayronk'os, los grandes marcadores negros, lo buscan; se detienen pesadamente en la pequeña abertura de su corola y se lanzan después a volar, con las alas y el vientre manchados por el polvo amarillo de la flor. (Arguedas, pp 316).

Rompiendo con el  
binario naturaleza  
cultura, que la flor  
entra al espacio  
del edificio

La mirada de  
Ernesto privilegia  
a los seres más  
que humanos

Los insectos como seres que cruzan los bordes  
de la naturaleza y cultura para conseguir el polvo.  
son representaciones de movimiento, como con el  
zumbayllu cuyo sonido puede viajar por las  
montañas.

Para llegar a mi salón de clases en la universidad NCKU en Taiwán, monto en bicicleta

Para llegar a mi salón de clases en la universidad NCKU en Taiwán, monto en bicicleta a las ocho y media para viajar desde la casa de mi familia anfitriona hasta el campus. Mi atención es dominada por el sentido de mi piel, envuelto en ropa sudorosa debido al tiempo tropical de la isla, mientras que huelo las expulsiones de los coches y motocicletas. Rápidamente el casco y mi mochila se vuelven incómodos, y mi sed aumenta más y más: una sequedad persistente en mi boca y lengua. Por fin llego al edificio de mis clases, sintiendo que mi cuerpo iba derritiéndose con las gotas de sudor que caían de mi cabeza. Cuando llegue el descanso entre periodos de enseñanza, camino a la terraza del edificio, dónde tomo respiraciones profundas al aire libre, que llenan mi cuerpo con su calor, humedad, y vitalidad. Descanso a mis brazos en el estante de la terraza, mirando al parque frente al edificio. Parado allí en la terraza, imagino el acto de saltar al estanque, que seguramente era fresco y cómodo, no tan frío y no tan caluroso. Quiero bajar, pero todavía no puedo. Tengo que terminar mis estudios para el día.

Me inclino mis pies para balancear mientras que cruza la arquitectura curvada del puente. Siento una tensión ligera en los músculos de mis tobillos, apoyando los movimientos de mi cuerpo sobre la madera lisa. Llego al final del puente, su forma uniforme yuxtapuesta con el terreno desnivelado de la isleta. Las raíces abundantes de los árboles me hacen subir y bajar con cada paso que tomo. A veces me dependo del arco de mi pie para posicionarme sobre una raíz elevada, a veces dependo más de los dedos de pie para sentir si una roca está

posicionada de manera segura, o si va a tumbar. Los árboles traducen los murmullos del viento a los chirridos de su cuerpo de madera. Me doblo la espalda para navegar debajo de sus ramas serpentinadas, que han crecido en un tejido, uno sobre el otro, emergiendo y sumergiéndose en la tierra, como las venas azules de mi brazo. Los he visto derramándose sobre los muros de la universidad, como un vaso de agua que había caído al suelo, cuyo líquido se había congelado al momento de su salpicón. No puedo caminar aquí como en el cemento fuera del parque; tomando grandes pasos de prisa sobre el piso plano para llegar a clase a tiempo. Tengo que negociar con los árboles y las rocas para poder moverme por el espacio. Veo a un ganso, su plumaje tan blanco y tan suave que me parece que puede ser un pedazo de nube dado patitas y unos ojos para bajarse del cielo. Miro al lado y veo unas tortugas subiendo al puente, cruzándolo. Me había maravillado ver desde la terraza este parque pequeño y los animales que sostiene, ya que está en el medio de la ciudad. Sin embargo, al ver estas tortuguitas cruzando el puente, se me ocurre que la vivencia de estos seres más que humanos ya ha penetrado los bordes entre ciudad y parque. La distinción entre puente e isla se vuelve ilusorio. Acerco al suelo para tocar la tierra, seca y horneada por los rayos intensos del sol. Los granos de la tierra se mojan a tocar mi piel sudorosa, y los siento rascando mis dedos. Ya no soy el ser limpio, con zapatos que separan mi cuerpo de la suciedad orgánica de este espacio. Me pongo de pie, y empiezo a poner mi mano contra la superficie de una rama, su calidad rugosa haciendo que mis movimientos paran repentinamente o aceleran de acuerdo con su forma. Mi nariz está llena de olores húmedos, pesados de las vidas y los cuerpos que los han generado. Pero ya. Es hora de volver a clase. Doy una vuelta, y salgo de la islita ramosa, siguiendo el camino de las tortugas por el puente.

---

Una abeja confundida trata escapar por las ventanas claras del salón de clase, resultando en movimientos desesperados de estudiantes temerosos. Interrumpe la lección, ya que nuestras miradas están arrastradas de la pizarra hasta el techo, dónde la abeja mapea este cubo raro en lo cuál se ha encontrado, antes de aterrizar sobre la ventana. Por impulso, empiezo a acercarme a la abeja, tratando de no darle susto. El aire se siente cargado de energía sobre mi piel, y cada paso con mis pies me parecía una pisada fuerte. La envuelvo ligeramente en mi bolsa de lápices, y siento la abeja empezando tratar de volar esporádicamente en su temor y confusión mientras que la llevo en mis manos a la terraza. No lo escucho zumbando, pero lo puedo sentir haciéndolo a través de mis dedos. Imagino estar en una tienda de campaña pequeña, llena de grandes troncos de madera, sintiendo el movimiento de mi cárcel oscura sin poder escapar ni ver por dónde ir. Mi corazón parece latir con más fuerza, estirando la piel de mi pecho, y mandando chorros de sangre por mi cuerpo rígido. Llegó a la terraza, y abro la bolsa sobre su estante, esperando mientras que la abeja tentativamente sale a la luz del día. Cuando veo a esa abeja volar al cielo azul, mientras que yo solo conozco pisar en la tierra, me parece que estoy conectado a algo mucho más grande que yo mismo. Me parece que he tomado un paso más cerca a vivir en armonía con otros seres, en un gran ecosistema, lo cuál no podía esperar conocer en su enormidad y diversidad.

